

José Luis Gordillo
RESPIRA



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

—ANAQUEL DE NARRATIVA, n°9—

MADRID • MMXIV

Todos los derechos reservados.
Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento
transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © JOSÉ LUIS GORDILLO

De la edición © Cuadernos del Laberinto
www.cuadernosdelaberinto.com
Dirección: ALICIA ARÉS

Diseño de la colección: Absurda Fábula
www.absurdafabula.com

Fotografía del autor en solapa © Mónica Hernández
Ilustración de cubierta © Nathapol HPS Shutterstock

Primera edición: Octubre 2014
I.S.B.N: 978-84-942539-9-7
Depósito legal: M-30291-2014
Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

A M.

Yo no tengo miedo y tú tienes un reloj.

(Isabel Bono)

Parte I
MAR

Mar trabajaba con las medusas y la inmortalidad en estancias azuladas como el hielo de Groenlandia. Cuando las recorría, cada día, en Providence, Rhode Island, Mar permitía a su mente una leve divagación para imaginar, o presentir, una inmensa planicie de nieves serenas. Era su momento diario de paz y esperanza. Unos instantes que atesoraba en el recuerdo durante el resto de la jornada con el fin de rescatarlos y usarlos como analgésico cuando le fallaran las fuerzas. Se daba así ánimos, porque el trabajo minucioso y arrítmico, desilusionante a veces, en el Instituto de Biología Evolutiva de la Universidad de Brown, conseguía hastiarla por momentos. Ella, tan vivaracha desde pequeña, se sometía ahora a una disciplina que traspasaba el ámbito laboral para adueñarse también de su solitaria vida privada en aquel pequeño trocito de los Estados Unidos de América. La nostalgia del hijo y el marido —ex marido, mejor dicho— que había dejado en España le propinaba periódicamente latigazos de escalofrío que se le reconcentraban en la nuca. Eso cuando no lo hacía algún otro sentimiento que acallaba, que no se permitía. Y sin embargo, el objetivo que se había marcado, hallar el secreto científico de la vida eterna, valía ésas y mil penalidades más. Por ellos. Sí, por ellos también. Y algún día, pronto quizás, volvería. Para reconciliarse. También.

El ambiente de la parte del mundo en que vivía entonces la ayudaba a reconfortarse de la natural alienación de sentirse extranjera, sola, separada y alejada de su hijo. Las élites de Providence se vanaglorian de varias cualidades. Entre otras, la de ser la capital artística y creativa de su país, así como de exaltar ciertos placeres sensoriales, especialmente el de la cocina. Creen habitar una de las ciudades del mundo donde mejor se come y se bebe, en simbiótico maridaje. Otros en cambio, como algunos desdeñosos bostonianos, se propasan en la exhibición

de la superioridad de su ciudad, evidente por otra parte, despreciando a Providence bajo el epítome de *gay capital* de Estados Unidos. Como si eso fuera malo, y no un privilegio en los tiempos que corren, entendía Mar. Lo cierto es que, al hilo de la gastronomía, ella extraía una conclusión general: Providence era capaz de conjugar la exquisitez europea, prescindiendo del fatalismo que desde hace siglos esclerotiza la cultura del viejo continente, con la optimista vitalidad estadounidense, haciendo a su vez caso omiso de la cerrazón paleta que por desgracia abunda tanto en el casi todo ese país. Así que, en muchos aspectos, Providence, en su pequeñez, pero enarbolando su ambición universalista, sabía condensar lo mejor de las dos orillas del Atlántico. Al menos así se lo repetía ella para elevar su propia moral. Participar de lleno en la azarosa vida cultural de Providence, de teatros, exposiciones y festejos, podía resultar incluso estresante. Eso gustaba mucho a Mar y la consolaba de la tristeza plomiza que a veces se adueñaba enteramente de su alma en esa etapa de su existencia.

Al visitar por primera vez la ciudad pensó en instalarse en el mismo Campus, que se integraba perfectamente en la trama urbana de la ciudad y casi se podía considerar el centro de la misma, puesto que distaba escasa distancia de los principales edificios históricos de Providence. Además, creía que la sombría combinación de arquitectura neogótica y *beaux arts* se declaraba propicia a sus oscuros paseos. Sin embargo, en uno de los arrebatos de polaridad que la caracterizaban, al poco tiempo decidió residir en la orilla contraria del río Providence, que parte en dos la urbe, en concreto en una calle cuyo nombre le llamó poderosamente la atención e interpretó como una de las señales cósmicas que acostumbraba a seguir sin rechistar: *Friendship Avenue*. Sin duda, allí podría trabar amistades y alejarse de su soledad, distanciándose además de la vida universitaria y del centro en una calle menos concurrida. Además, con sólo cruzar un puente estaba en las inmediaciones del campus de nuevo.

Sin embargo, no se cumplieron sus expectativas. La amistad nunca llamó a su puerta. O al menos no de la forma sincera que ella

necesitaba. Lo más cercano que encontró fue su compañera de trabajo Gilliam, una buena chica, consideraba Mar, perfecta como profesora, pero reticente a la reciprocidad en las confianzas, lo que lastraba la empatía mutua con un peso de probables parcelas de intimidad vedadas a la otra persona. Y en cuanto a chicos, Mar flirteó primero con uno de los camareros de la cafetería que más frecuentaba del campus. Un chaval rubicundo, que ella se imaginaba descendiente de colonos holandeses. Pero su forma de darse la vuelta al sentarse en la cama, desnudo su torso en sincronía con la luz mortecina de la lamparilla de noche...; horror, la imagen hacía que la invadiera la ternura. Demasiado para cuerpo y mente. Mejor desecharlo. Por lo demás, no solía repetir compañero de cama. Lo prefería. Ni familiaridad de amantes ni esa repugnante sensación de infidelidad ¡Por Dios, si estaba divorciada! No iba a permitirse a sí misma sentirse mal. Nada de otra pareja. Aunque a veces concluía que esa autoimposición era una forma de caer en su propia trampa, de seguir atrapada por el pasado. Pero rápidamente apartaba ese pensamiento de su mente.

También tuvo otro amante digno de mención. Waldo era cubano. Lo conoció en una de sus raras incursiones por la zona de clases y alumnado del campus. Normalmente, los ámbitos de investigación y de docencia son como el agua y el aceite, que se tocan pero no se mezclan. Sin embargo ella quería comprobar si realmente el otro reverso de la Universidad de Brown se le aparecía como contaban. Efectivamente, lo era: exactamente igual al resto de universidades de los Estados Unidos. Mar no acababa de creer lo que se decía antes de venir, en España, o después en Nueva York, sus amigos residentes allí, y luego en el mismo Providence. Pero esta vez tuvo que reconocer la evidencia, a saber, que el ambiente de los alumnos de prácticamente todas las universidades de los *States* es idéntico y tan tóxico como se muestra en las películas de Hollywood, con sus fraternidades de absurda iconografía grecorromana, sus fiestas de gala, su aire indolente, sus sentadas por los suelos de los pasillos, su apariencia de tolerancia y jovialidad y su segregación subyacente por razas, etnias, nacionalidades, religiones y política. Europa es

una yuxtaposición de microcosmos, mientras Estados Unidos es un macrocosmos compartimentado. Todo estereotipado, salvo excepciones que se hacían notar poco. Había que buscarlas inteligentemente e hilar fino para hallarlas.

Waldo era una de ellas. Lo conoció en una conferencia sobre poesía cubana organizada por el departamento de Lenguas Romances. De adolescente, Mar se aficionó a la poesía amorosa y recorrió con avidez los caminos que van de Pedro Salinas a Cavafis. Sin embargo, a partir de terminar la carrera abandonó esa pasión y se centró en la biopsicología, senda que al cabo le había conducido hasta allí. De Waldo le llamó la atención su estrafalaria conjunción de intelectual y deportista, con sus espaldas anchas y sus gafas de pasta negras. Su piel era de un oscuro intenso, nada amulatado, y sus abultados bíceps apenas se compadecían con el bigotillo rizado y bien recortado que lucía.

Tras la conferencia, en los corros pertinentes, Mar se hizo la encontradiza. Rápidamente se presentaron y congeniaron. Cenaron, charlaron, tomaron vino y leyeron poesías cubanas de un libro que llevaba Waldo, una autora desconocida para ella, llamada Eylin Lombard, que había puesto un título precioso a su cuaderno de poemas: *Suelen ser frágiles las muchachas sobre el puente*. Waldo declamaba: «Elena sabe del mar y de peces tan rojos como velas de un barco. Elena tiene canciones, marineras suaves para la playa en las mañanas, lentas en el verano». Mar recordó a Elena, la hija de Mario, y a su propio hijo, y lloró. Después se acostaron.

Desde que lo vio, Mar fantaseó con que el tipo podía tener una gran polla negra circuncidada e incluso un piercing en el glande. Por eso, el acierto en su predicción no supuso gran sorpresa. Waldo la erotizaba de veras, disfrutó muchísimo desde el primer día, pero no se convirtió en una adicción para ella por eso, sino por la tristeza que la invadía después de follar, que la cubría como un manto grande, pesado y tupido sobre la cama hasta el día siguiente. Mar intuía la razón. En sus cualidades amatorias, Waldo se parecía bastante a Mario, pero ella

sabía bien que, por mucho que practicasen, por más confianza que adquirieran, nunca al fondo de sus entrañas, a abrasarla hasta que le brotaran gritos primitivos y lágrimas inexplicables. No podría acercarse tanto a entrever la muerte a través de ese desgarrado abandono del propio cuerpo que es el orgasmo total, ése que muchas personas no llegan siquiera a acariciar en toda su vida. Ella al menos tenía la suerte de añorarlo.

Para cada ser humano existe un amante perfecto. Es el que, en cada cual, conjuga las suficientes dosis de delicadeza, ternura, electricidad, vicio, salvajismo... y amor. Waldo se parecía a su fórmula perfecta, pero sólo eso, se parecía. No era el genuino. Y aún así, la atraía poderosamente. Era con el único que repitió con cierta asiduidad durante aquellos dos años de trabajo duro y entereza espiritual. Cuando él abandonaba su casa, o bien cuando ella se marchaba del apartamento del chico, Mar se permitía romper a llorar con total libertad, triste y viva. Ojalá hubiera podido embrutecerse más. Le hubiera venido mejor para su propósito principal y casi exclusivo: la investigación. Waldo captó desde el principio que el centro de atención de Mar era ése. Nunca se hizo ilusiones, no esperaba enamorarla, y hasta se dio cuenta de que albergaba cierto resentimiento hacia cosas de su pasado, que había dejado en España. En muchas ocasiones Waldo se preguntó por qué volvía a llamarle. La respuesta era sencilla: a veces Mar añoraba demasiado sentirse abrazada y follada con cariño.

Waldo también veía en ella virtudes que quiso poner en valor. No le habían dado una beca de esa categoría porque sí. Mar ya era una investigadora reputada en España, antes de llegar allí, aunque de sus últimas comparencias públicas saliera escaldada. Ciertas críticas pueden resultar lacerantes. Muchos no compartían los criterios y conclusiones de sus investigaciones bioquímicas. En cambio, en Brown sí la consideraron y la creyeron. No en vano, no hacía más que seguir, desde un punto de vista científico, un estudio conocido, evaluado y generalmente aceptado por la comunidad científica estadounidense. Se trataba de un experimento realizado por un equipo de Universidad del

Estado de Nueva York dirigido por el prestigioso psicólogo Gordon Gallup. Partiendo de sus averiguaciones, Mar decía haber encontrado algunas claves para desentrañar los porqués del amor romántico en los humanos, hallándolos en las sustancias que cualquier pareja se intercambia en su relación sexual, mediante el contacto y conjugación de fluidos a través de la piel.

A Waldo le parecía una cuestión apasionante, y si le había servido para conseguir la beca, qué menos que la diera a conocer allí. Impulsó la realización de una conferencia de Mar en la Universidad y convenció al departamento de Lenguas Romances para que intermediara en la consecución de los medios necesarios: salón de actos, carteles, difusión, etcétera. Así además se facilitaba una audiencia mayoritariamente hispana y se evitaba que Mar tuviera que dar la charla en inglés, lo cual siempre es un engorro a la hora de explayarse en un lenguaje especializado. Dicho y hecho, la conferencia se convocó para un ventoso jueves de febrero. La nieve que esa jornada cayó a tumba abierta no disuadió al auditorio, atraído por una materia tan interesante, y a la vez morbosa, como la relación química entre amor y sexo.

Ante una sala completa, con medio centenar de personas escuchándola, Mar hizo un alarde de sistematicidad, certeza y claridad expositiva, empezando por algo tan básico como explicar el funcionamiento corporal del proceso que conocemos como orgasmo. Relató que cuando nuestros sentidos reciben un estímulo físico, como una caricia, un beso o una imagen visual que nos resulta sexualmente excitante, ése mensaje llega a una parte de nuestro cerebro, el hipotálamo, que lo comunica a su vez a la hipófisis para que libere neurotransmisores, sustancias químicas que se encargan de trasladar las instrucciones necesarias a cada parte de nuestro cuerpo para producir los cambios que identificamos como excitación sexual, tales como secreciones o erección. El neurotransmisor liberado es la serotonina.

No obstante, para que se llegue a producir el orgasmo es necesario propagar otra sustancia, la oxitocina. De nuevo el hipotálamo actúa como centro de mandos, activando el mecanismo a través de la

hipófisis cuando el estímulo sexual ha alcanzado cierto nivel. La oxitocina se propaga así por los órganos sexuales del cuerpo, dando lugar al orgasmo. Tras ello, de nuevo aumenta el volumen de serotonina, causando el estado de placer y tranquilidad que también suele inducir al sueño. Cuando la serotonina es reabsorbida por la hipófisis puede comenzar de nuevo el proceso.

Por tanto, la disponibilidad en nuestro cuerpo de un neurotransmisor tan potente como la serotonina resulta fundamental a la hora de generar la excitación sexual. Según los estudios más recientes, el alimento que puede aportarnos mayor cantidad de serotonina es el plátano, la banana, que en muchas culturas, desde tiempos remotos, es considerado un afrodisíaco. En concreto, la serotonina 5-hidroxitriptamina se encuentra presente, además de en el plátano, en la piña, el cacao, los moluscos, los antrópodos, el pez *fogu*, reverenciado en Japón, la ortiga y las picaduras de abejas, avispas y escorpiones. Es el origen científico de los distintos afrodisíacos que han sido utilizados a lo largo de milenios en múltiples regiones del mundo.

Por otra parte, en una relación sexual humana, a través de la saliva, los fluidos corporales y la piel, los amantes se intercambian multitud de sustancias. Las más conocidas de ellas son las diferentes hormonas, pero también están presentes potasio, fósforo, aminoácidos, fructosa, fosfatasa alcalina, calcio, sodio, zinc, ácido cítrico, L-carnitina y diversas enzimas y proteínas. Algunas de estas sustancias, como el caso de los aminoácidos, están en el origen de la formación de la serotonina. El descubrimiento de Mar se refería a que la composición de todos estos elementos nunca es igual en una persona que en otra, siempre existen variaciones. Es como si se tratase de un código, una fórmula capaz de identificar perfectamente a cada individuo, al igual que el ADN o la huella digital.

Su teoría es que, durante la relación sexual, se produce una comunicación biológica entre las composiciones de uno y otro amante, provocando lo que normalmente denominamos «compatibilidad en la cama». Según los estudios de Mar, estos códigos químicos están en

relación directa con la genética, de forma que a determinadas personalidades les corresponde también una concreta composición de elementos en sus fluidos corporales. De ahí que, según su tesis, la química sexual está estrechamente vinculada a la atracción intelectual y sentimental, al amor romántico en definitiva, y de hecho actuarían de forma directa y pura, condicionando el gran medida el proceso de enamoramiento, de no mediar otras cuestiones, como las culturales, familiares, religiosas o las propias experiencias personales y trayectorias vitales de cada cual, así como la voluntad, que acaban moldeando y a veces distorsionando esas mismas personalidades. Como repite un personaje femenino de Lars Von Trier, «el ingrediente secreto del sexo es el amor». Y lo es de una forma absolutamente científica, según deducía Mar de sus experimentos, en los que combinaba estos elementos naturales, producto de nuestras secreciones, con la serotonina que aparece también de forma espontánea en la naturaleza. Las dos partes de la simbiosis.

En ese punto concluyó la conferencia, que ilustró con algunos gráficos que prácticamente nadie comprendía, al estar el auditorio mayoritariamente compuesto por estudiantes y profesores de ramas humanísticas. Esa fue también la razón por la que no la pusieron en ningún aprieto en el turno de preguntas. Pero lo que Mar, desde luego, no contó, es que había encontrado una fórmula, una composición, capaz de ser compatible con todas las demás y de provocar, además, en su poseedor, una especial intuición y sensibilidad que le hacen comportarse de un modo genuino durante el acto sexual, excepcionalmente receptivo y comunicador, proporcionando un placer inusitado a la otra persona, lo cual a veces le puede resultar a esta última incluso desconocido. Mar consideraba que se había aproximado bastante a la composición química característica del «amante perfecto». Y por supuesto, tampoco reveló que esta fórmula se puede sintetizar en aceites o elixires.

Ése había sido uno de sus secretos mejor guardados hasta entonces. Eso y que, para financiar sus investigaciones se sirvió al principio de dinero negro, sucio, procedente de un grupo de delincuentes chinos a los que vendía esos compuestos, esos aceites. Fue así como